

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscritores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Kullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

Enriqueta.

(Continuacion.)

Aquella horca tan risueña, aquella escena de muerte tan alegremente referida, me interesaba de todo punto; hasta entonces no habia yo imaginado que una horca pudiese ser motivo agradable de recuerdos festivos: jamás habia visto animar la muerte con colores semejantes; por el contrario, todos los que han explotado esa mina fecunda en sensaciones, han tratado á cual mas de ensangrentar la escena, como si en nuestra vida social la pena de muerte no fuese una accion vulgar, una especie de multa cuyo pago es comun á todos, cuyo importe siempre está pronto, y nada mas. Habíala contemplando así el bandido italiano; sabia que la horca era el reverso de la medalla de su profesion, y tenia en su alma demasiada justicia para quejarse. Quise, pues, saber sus sucesos desde aquel momento, y á mi ruego continuó su relacion.

— Recuerdo muy b'en, dijo sin hacerse de rogar, hasta la menor sensacion, y aunque debiera verme de nuevo en el lance dentro de una hora, no por eso estaria mas inquieto que en este momento. Luego que tuve la cuerda en el pescuezo y que caí de la horca, sentí al pronto mucho daño en la garganta, despues ya no sentí nada; el aire llegaba lentamente á mis pulmones, pero aunque comprimidos, la menor particula del fluido benéfico me volvía á la vida, y mecido ademas ligeramente en el aire, yo le respiraba por todos los poros; mas recuerdo, y es que aquellas mecidas no dejaban de tener cierta delicia, pues veía los objetos como por detrás de un velo de gasa. Un gran silencio fatigaba mis oidos, pensaba no sé en qué, escepto una vez que me acuerdo haber pensado en el dinero que la vispera habia ganado á mi camarada Gregorio, cuando de repente me faltó el aire, dejé de ver los objetos y de sentir las mecidas; me quedé muerto.

— Sin embargo, le repliqué, os hallais entre los vivos como nunca, y os doy por ello la mas cordial enhorabuena.

— Eso es un gran milagro, me respondió gravemente el bandido. Llevaba ya una hora de estar muerto cuando mi camarada cortó la cuerda, y al volver en mí, mis ojos se encontraron con la benévola mirada de una muger que inclinada sobre mí, me volvía el alma, un alma mas pura y mas fuerte. Tenia ella la voz italiana, una lengua italiana, todas las perfecciones de una jóven italiana: creí un instante que salía de la tumba y que la vírgen de Rafael me recibía en sus brazos. Aquí teneis, señor, mi historia de bandido; he prometido á la jóven María ser hombre de bien si está en mi mano, y espero llegar á conseguirlo por amor de ella, digo mas, tengo ya para ser hombre de bien

lo que es mas difícil tener entre vosotros, un vestido decente y un sombrero nuevo.

— También necesitais tener un oficio, le dije yo, y mucho me temo que no conozcais ninguno.

— Eso es lo que me dicen todos, replicó él; pero por mas que cesamino, no veo que un oficio conduzca á nada entre vosotros.

— ¿Creeis ser mas feliz en Italia?

— En Italia, me dijo, el campo produce todas las mañanas setas bastantes para alimentar á una ciudad entera diez veces mas poblada que la de Roma, y entre vosotros todo se paga hasta las setas que son mortales.

— ¿Pensais tal vez que el oficio de lazzaroni sea un oficio honrado?

— No le hay mas honrado en el mundo; quien le ejerce ni es amo ni criado, no depende sino de sí propio, no trabaja sino cuando hay urgencia, y jamás hay urgencia mientras hay un sol claro: en fin, se puede ver todos los dias al papa, lo cual vale veinte indulgencias por semana: eso es ser lazzaroni.

— En ese caso, tened la bondad de decirme por qué no os habeis hecho recibir en el gremio.

— Habia pensado en ello, me contestó, y aun me lo habia suplicado María; pero tengo mucho miedo á las erupciones del Vesuvio.

Al mismo tiempo entrábamos en París.

La entrada de París por la barrera del Buen Conejo es acaso la mas paradable, si bien la mas modesta de todas: llégase á ella despues de haber atravesado la campiña y una vasta llanura en que la caballería maniobra todas las mañanas; se entra en una estrecha alameda, se deja á la izquierda la fonda de la *Gran Chozza* y todos los alegres ventorillos inmediatos á ella, y de repente se saluda al Luxemburgo, amable y tranquilo refugio espresamente construido para aquellos barrios lejanos. El italiano me preguntaba á cada paso admirándose de todo; ya de las viejas que en abundancia paseaban por el jardin, ya de los jóvenes pares que volvian de hacer leyes; asombrábanle aquel vasto teatro y aquella Sorbona tan mezquina, aquellos grandes palacios de sencilla piedra sin una estátua de marmol, sin un hombre ocupado en tomar el sol; los lazzaroni trabajando como presidarios, y otros lazzaroni cantando por las calles con voz desafinada acompañada de un instrumento mas desafinado todavia; los grabados encarnados y blancos á las puertas de los vidrieros, los tiestos de flores sin elegancia, y sin que hubiese uno perteneciente á las antigüedades: las calles estrechas, el aire inficionado, las jóvenes cargadas de miseria y sin sonrisa, los mercaderes de veneno en todas esquinas y sin una sola imágen de la vírgen. El bandido estaba consternado: — ¿Qué oficio voy yo á ejercer aqui? me dijo con un aire de inquietud visible

— Decidme primeramente ¿qué sabeis hacer? le pregunté yo, algo embarazado con su compañía.

— Nada, me respondió; solo sé que yo tocaria mejor,

pintaría mejor, y guardaría un palacio mejor que todos esos que he visto hasta el presente: y en punto á vuestros mercaderes de veneno, mi pañal vale mas que todas sus drogas, añadió con una enérgica sonrisa.

— No obstante, sin que esto sea vanidad, yo no canto más una canción de amor. Cuando estaba en Venecia, los señores mas galantes se disputaban mi persona, para confiarme la direccion de sus serenatas, y tan bien lo hacía, que mas de una vez me sucedió acabar por mi cuenta la empresa que habia comenzado por cuenta de otro.

— Entre nosotros la serenata sería el mas necio de los oficios. En Francia no hay mas que un medio seguro para conquistar á una muger, tal es el de darle algo; todas las canciones del mundo no adelantarian nada, y aunque fuérais un Metastasio en persona, las hembras no harian sino reirse de los sonidos lamentables de vuestra guitarra y de los cantos melodiosos de vuestro amor en una noche de estio.

— En ese caso, replicó el camarada levantando la cabeza, iré á pedir servicio al Rey de Francia, le mostraré como sé manejar una carabina y hacerme obedecer de un batallon, y si quiere recibirme en su servicio, me obligo á hacerle la guardia sin quitasol en lo mas fuerte de los calores, como el mas osado bandido.

— Sabed que no se habla al rey de Francia. Por otra parte, respecto de vuestro talento para manejar la carabina, os hallareis entre nosotros con doscientos mil hombres pagados á siete cuartos y medio diarios, que lo hacen tan bien como vos; y por último es preciso que sepais que no hay en el mundo quien tenga el derecho de guardar al rey, sino una nacion estrangera, (1) y desde los tiempos de la Liga no se ha pensado jamás en los italianos.

— Ah! dijo el bandido frunciendo las cejas, ¡miserable nacion, que no puede alimentar siquiera una buena partida de bardoleros con su gefe! si tuviérais el honor de poseer una tan sola, yo mismo iria esta noche á servirle de cocinero y sería muy bien recibido.

— A servirle de cocinero! le interrumpí yo ¿y de qué clase sería vuestra cocina?

— Pardiez! una cocina de camino real, y no sé yo que entre vosotros haya un solo hombre con tan mal gusto que se resista á comer de mi asado sazonado con pimienta. Cuando estaba en Terracina, era yo el hombre mas afamado en punto á guisados de liebre y á salsas de anguila de tierra; y así es como lo decidió su eminencia, el cardenal Fesch, que Dios conserve. Una tarde me fueron á buscar al bosque para hacerle la cena, y acabada que fué, juró en su ánimo que jamás habia comido en su propio palacio cosa mas esquisita.

Acerqueme entonces á él con aspecto sério y solemne, y le dije:—Os doy la enhorabuena, os habeis salvado. Vuestro talento para el asador os hará recibir entre nosotros mejor que si fuérais un gran general: solo en vos consiste llegar á ser un poder, porque estamos en la edad de oro de la igualdad: recorred á Paris, y en la primera casa que os agrade, entrad con denuedo y decid al amo: ¡soy cocinero! probadlo, y en seguida os hallais al frente de los negocios.

El bandido me dió las gracias con un gesto amistoso, y yo me separé de él, tranquilo sobre su porvenir.

CAPITULO XV.

El palo.

«Los bribones de los turcos me habian puesto al asador.»

RABELAIS. PANTAGRUÉL.

La historia del ahorcado no se me iba de la memoria. Justamente en Francia, en Inglaterra, y aun en medio de la confederacion Suiza, noble y glorioso fragmento de esa Alemania experimental cuyos trabajos intelectuales están llamados á ejercer tan gran influencia, se alzaba á la sazón una nueva escuela de publicistas, que por el primer ar-

(1) Habla de las tropas suizas que daban la guardia al gobierno de Carlos X, como en otro tiempo la dieron á nuestros reyes absolutos.

tículo de un código proscribian la pena de muerte; y debatiase largamente la cuestion de teoria en los pueblos bastante sabios y ejercitados para divertirse con una paradoja. Sucedió pues que arrastrado, sin sentirlo, por una multitud de argumentos en sentido contrario, me tenia por dichoso en haber hablado á un ahorcado y haber asistido á sus sensaciones de muerte, y me envanecía al pensar que podía contar la historia de un hombre del otro mundo, sin estar obligado á contentarme con la relación incompleta y oscura de un paciente que marcha al cadalso. En mi opinion, tenia yo un argumento sin réplica á favor de esa ley penal tan combatida por nuestros sabios, y solo esperaba una ocasion para desenvolverse á mi gusto.

La ocasion no tardó en presentarse. En una de las últimas tardes del otoño, pálida y triste como un día de invierno, me encontré en el vasto salon frio y lluvioso de una casa de campo, donde la sociedad era numerosa, bien que compuesta de personas poco animadas las unas para con las otras de esa simpatia activa, que estrecha á los hombres y no les permite contar las horas que pasan. En medio de la habitacion se ocupaban en labores de aguja las damas, silenciosas contra la costumbre, y los hombres solo hablaban por intervalos largos, sin tener nada que decirse; en una palabra, hubiérase perdido la tarde, si la gran cuestion de la pena de muerte no hubiese llegado á arrojar una pasion interesante en medio de aquel abandono. El choque fué eléctrico, cada cual tenia de reserva un argumento preparado, cada cual hablaba antes de que le llegase su turno y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones; por mi parte, yo aguardaba como hombre diestro que se pasase el primer fuego, y luego que juzgué el instante propicio, conté la historia de mi ahorcado.

La narracion produjo poco efecto, pues no era verdadera ni creible sino en boca del bandido italiano, y hecha por mí se convertia en un cuento sin verosimilitud. Con este motivo la discusion se animó de nuevo, y tal ventaja me llevaban ya mis adversarios, que nadie osaba continuar tomando mi defensa; por fortuna, en lo mas fuerte de los clamores contra la falsedad de mi historia, acudió en mi ayuda un poderoso antagonista.

Era este un poderoso musulman. Del fondo del sofá, económicamente cubierto con una indiana descolorida, en el cual se hallaba él apoltronado, levantó su cabeza adornada con una larga barba blanca, y cogiendo gravemente el hilo de la conversacion donde yo le habia dejado, nos dijo:—Creo sin dificultad que ese italiano haya sido ahorcado, pues que he sido empalado yo mismo.

A esta palabra se sucedió de repente un gran silencio; los hombres se acercaron al interlocutor, y las damas olvidadas de la aguja prestaron atentamente el oido. Acaso habreis observado alguna vez á las mugeres cuando escuchan en grupo una narracion que les interesa, en cuyo caso os habrán admirado con frecuencia su fisonomia que se anima, sus ojos que se abren cuan grandes son, su seno que se queda inmóvil, su linda garganta que se alza enteramente, y sus manos ociosas que caen con negligencia; pues es eso lo que yo solo contemplaba con admiracion, aguardando que pluguiese al turco comenzar.

— Bendito sea Mahoma! dijo él: pero una vez en mi vida he penetrado entre las esposas sagradas de su alteza.

Aquí comenzó á ser mayor la atencion, y advertí que una jóven de quince años que estaba escuchando al lado de su madre, hizo como que cogia su labor de nuevo: cuando se trabaja, no parece que se escucha.

— Mi nombre es Hassan, continuó el turco, mi padre era rico, y yo lo soy tambien; como verdadero musulman no he conocido mas que una pasion en mi vida, la pasion de las mugeres, pero cuanto mas ardiente era esta, mas descontentadizo era yo para elegir las y en vano recorría todos los mercados mas célebres, pues jamás encontraba una bastante hermosa para mí. Cada día me presentaban nuevas esclavas, unas negras como el ébano, otras blancas como marfil, pero cada vez salia mas descontento del bazar, y no podía decidirme á dar el precio de una hermosa yegua por una muger mediana. Mis deseos, sin embargo, se irritaban progresivamente, y una noche que me sentí atormentado mas que nunca, me atreví á llegar á las puertas del palacio imperial.

Como no pensaba en ocultarme, y escalé los muros de su alteza lo mismo que si no hubiese tenido á su servicio genizaros ni mudos; no fuí visto de nadie. Atravesé felizmente las tres impenetrables cercas que defienden el sagrado serrallo, y al volver el día lancé una mirada temeraria á aquel santuario inviolable. ¡Mi sorpresa fué grande, cuando al blanco y pálido resplandor de la aurora pude convencerme de que las mugeres del sucesor de Mahoma se parecían á todas las que yo habia visto! Mi desengañada imaginación no podia creer aquella triste realidad, y ya comenzaba á arrepentirme de mi empresa, cuando de repente me prendieron las guardias del palacio. Una vez descubierto, íbales la cabeza á aquellas pobres mugeres á quienes habia yo sorprendido durmidas, por lo cual resolvieron no hablar de semejante contaminación á su alteza, sacándome en silencio del formidable recinto, me condujeron al suplicio que me habia merecido.

Tal vez no sabréis, señores, lo que es el *palo*. Es un instrumento agudo colocado encima de nuestros monumentos y no muy desemejante de esas agujas de pararrayos que habeis inventado, vosotros los europeos, como para desafiar al destino á cada instante. Tratábase, pues, de montarme á caballo sobre el tal palo; y para hacerme guardar mejor el equilibrio, me ataron á cada pie dos bolas de hierro. El primer dolor fué cruel: el hierro se iba entrando lentamente en mi cuerpo, y el segundo sol, cuyos mas ardientes rayos herian las cúpulas brillantes de Constantinopla, no me habria tal vez hallado vivo á la hora del medio día, si las bolas no se hubiesen escapado de los pies; pero cayeron con estrépito, y siendo ya mas soportable mi tormento, concebí la esperanza de no morir. El mar de Constantinopla es hermoso; es una estensa llanura blanca, salpicada de pequeñas islas cubiertas de verde, y surcada en todos los sentidos por los bageles de Europa. Desde la altura en que me habian colocado ví que Constantinopla era la reina de las ciudades: en aquel momento me cernia yo sobre ella; veía á mis pies sus brillantes mezquitas, sus palacios romanos, sus pensiles y sus vastos cementerios, refugio tranquilo de los bebedores de aguamiel, y en medio de mi reconocimiento invoqué al dios de los creyentes. Sin duda mi súplica fué oída, porque un sacerdote cristiano me arrancó del suplicio con peligro de su vida, me llevó á su cabaña, y me salvó de la muerte. Apenas restablecido, volví á mi palacio; mis esclavos se prosternaron á mis pies: compré al día siguiente las primeras mugeres que se me presentaron; cargué de nuevo mi larga pipa de espuma, y la bañé en agua de rosas; y si alguna vez pensaba en los mudos de su alteza y en su suplicio, era para recordarme eficazmente á mi mismo que es preciso comprar á las mugeres como son, y sobre todo para acordarme con mayor orgullo que Dios es Dios, de que Mahoma es su profeta y de que Estambul es la perla del Oriente.

Así habló el turco: tan larga narracion le habia fatigado, y volvió á dejarse caer con abandono sobre los cogines del sofá, tomando de nuevo la voluptuosa actitud de un buen creyente que fuma su pipa á la hora del medio día. En semejante actitud pintaria yo, si fuese pintor, la calma y la felicidad; porque en mi sentir, nada espresa tanto el reposo como un rico otomano echado sobre una alfombra de Persia, sin pena, sin deseos, sin cálculos, y en aquel afortunado sueño del Oriente que no obliga ni aun á cerrar los ojos, como si esto solo fuese una gran violencia para un mortal.

He observado varias veces, que una historia interesante, referida naturalmente, dispone de un modo maravilloso los espíritus, los estrecha unos con otros por una especie de comunidad de sensaciones, y cambia con frecuencia el aspecto de una tertulia de fastidioso en agradable. Sucede con los hombres lo que sucedía con las alegres comidas que madama de Maintenon daba á sus convidados, en las cuales una buena y larga historia reemplazaba muchas veces al asado que les faltaba. Así, despues de la narracion algo lacónica del otomano, la tertulia tomó un nuevo aspecto, los concurrentes estrecharon el círculo, y aun el ama de casa, cediendo quizá mal de su grado á la atraccion general, y ahogando en su seno la voz de una economía prudente que le echaba en cara el abrir la leñera antes de que el almanaque hubiese anunciado positivamente el invierno, habló de encendernos un poco de lumbre. La proposicion fué unáni-

mente aceptada: en un abrir y cerrar de ojos se separó de la chimenea el biombo de flores amarillas, y el sarmiento encendido hizo relucir los morrillos de cobre, al mismo tiempo que todos los rostros alegres y reanimados por el dulce calor, anunciaban una satisfaccion inesperada. A la verdad, hay un poema descriptivo, todo entero, en el primer fuego del último día de otoño que de improviso concede un gusto anticipado de los placeres del invierno.

Ya brillaba al fin el fuego en el resucitado hogar, y en el momento en que la llama blanca y azul precedida de un buen olor de pino, arrojaba su mayor resplandor, vióse iluminado por ella un jóven que no habia hablado todavía. Estaba sentado en un rincon y parecia no tomar parte en la conversacion sino para hacer resaltar de vez en cuando sus mas notables incidencias por medio de una sonrisa entre afable y burlona, de suerte que en un instante atrajo el interes general. Además era jóven y hermoso, con ojos negros y llenos de fuego, y con todos los accidentes de un hombre de gusto y de talento que no se mira en el mundo como superior ni como inferior á nadie. Al momento y por la curiosidad de las miradas que se fijaban en él, conoció que se le escijia una historia, y sin hacerse mas de rogar, alzó la cabeza, apoyó los brazos en el asiento de una jóven colocada casi delante de él, é inclinando la cabeza al lado de aquella otra cabeza tan tierna y tan linda, comenzó su narracion con una voz tan dulce y tan pura que se hubiera creído ser la jóven quien hablaba, si sus labios entreabiertos no hubiesen estado inmóviles, y si ella misma no hubiese tomado la actitud del mas entero recogimiento.

Temo, señoras, dijo el jóven... Esta derogacion inesperada de la regla social que escije se diga siempre *señoras* cuando se habla en público, pareció una novedad picante que las damas agradecieron al interlocutor: y en efecto por medio de esta táctica diestra el jóven se proporcionaba los honores de un coloquio confidencial con las mismas, aislándose del resto de la tertulia; lo cual produjo un murmullo de aprobacion, que le obligó á comenzar de nuevo su frase, bien que como hombre de ingenio lo hizo de otra manera y con mucha menos solemnidad.

Yo, continuó él, no me he visto mas que ahogado, pero las circunstancias de mi muerte son asaz estrañas. Algunos de entre vosotros conocen sin duda, fuera de los muros de Lyson, uno de los mas hermosos paisajes que el sol alumbra. Erase un día del estio, uno de esos días en que el cielo está completamente azul y el aire caliente y puro; y yo me hallaba muellemente recostado á orillas del rio, ó mas bien á orillas de aquella ribera que de repente ve al Saona juntarse con las corrientes del Ródano, á sus límpidas aguas resistir primero á las amarillentas aguas de su amante, resistir con mas blandura en seguida, y confesándose por último vencido, confundirse enteramente con su señor y rodar en el mismo lecho. Era la hora del medio día; el calor abrumaba; veíase la onda enteramente diáfana; la gruta entapizada de musgo que flotaba sobre mi cabeza, orgullosa todavía por haber amparado una noche entera al vagabundo Juan Jacobo, estaba rodeada de templados vapores como de un velo trasparente; y para decirlo todo, yo mismo me hallaba entre el sueño y la vigilia en el estado de bienaventuranza de un hombre que toma ópio, y á fuerza de contemplar aquella vasta sabana de agua que de lejos me parecia tan pacífica y tan tranquila, creí ver en el fondo del rio, sentada sobre un pedazo de roca, no sé qué imagen fantástica, de ideal y terna belleza, que me tendía los brazos con una dulce mirada. Mi encanto era inesplícable: la vision se mecía blandamente en el espejo de las aguas, un antiguo tilo de la ribera protegía su fresca cabeza con las blancas flores que á él le servian de adorno, y la rodeaba con sus verdes hojas de una vestidura diáfana: y yo estaba inmóvil, encantado sobrecojido por un amor indecible que realizaba todos mis sueños de la juventud; estaba como en el canto del Tasso que pisa en los jardines de Armida, y como no me hallaba protegido por talisman alguno, caí.

Ya me veía en el rio, y ni la frescura del agua, ni la fuerza irresistible que repentinamente se apoderó de mí y me arrastró, ni la huida de la diosa, me arrancaron de mi sueño poético; yo nadaba en medio de aquellos dos grandes rios que se disputaban mi cuerpo como una presa, sin

pensar en los peligros que me rodeaban; dejábame; empujar complacido por los esfuerzos de ambos ora me sentía blandamente mecido en brazos del Saona, ora el Ródano me arrebatava violentamente á esta dulce union, y me arrastraba con furia; otras veces colocado en los confines de los dos poderosos rivales; impelido por el uno y detenido por el otro, permanecía inmóvil, y entonces se me aparecía de nuevo la vision tan bella, tan risueña, tan jóven como antes; un instante me ví tan cerca de ella, que me precipité para arrebatarla; y no sé lo que fué de mí ni á qué felicidad fuí admitido, ni á que indecible recompensa fuí llamado; pero pasado un dia entero, me desperté en la granja de un campesino, la noche descendia de las montañas, los búyes se retiraban al establo lanzando mugidos melancólicos, y mi cabeza se hallaba apoyada en uno de esos hermosos y vigorosos remeros del Ródano, de los muchos que todavía se encuentran en Condrieu, mientras que en las demas partes degenerados de su osadia para la navegacion, se han convertido en tímidos y astutos mercaderes sin conservar en sus venas una gota de la sangre de sus padres.

Ahí teneis mi muerte, que como veis, fué un hermoso sueño: soy enteramente de la opinion del italiano y del otomano, pues es claro que la muerte penal de la Italia, la muerte despótica del Oriente, y la muerte voluntaria del Occidente, no son mas de temer la una que la otra; y desde aquel dia estoy de acuerdo con el filósofo que pensaba que vivir y morir todo era uno; solo si me incomoda que habiéndome dormido una vez, me hayan despertado.

De esta manera habló el jóven, y cuando acabado su discurso echó de ver la atencion de los oientes que duraba todavía, su rostro se puso de color de púrpura, se retiró él con viveza del sillón sobre el cual se habia inclinado, y sin querer tocó ligeramente con su mejilla la mejilla de la jóven que estaba sentada delante de él. Con este motivo observé que el encarnado era contagioso; y daba realmente gusto de ver aquellos dos seres jóvenes colorarse de repente con el mismo matiz.

Vuelta de su sorpresa la tertulia, la discusion comenzó con mas calor; los adversarios de la pena de muerte no hallaban que responder á semejantes argumentos, y mientras que se devanaban los sesos por encontrar algunas razones plausibles, los partidarios timoratos de la muerte legal, batidos un instante, y que hasta entonces habian temido ser calificados de crueles, volviendo á la carga con mas valor, no acababan de dar pruebas sobre pruebas. Todos luchaban por acordarse de haber muerto á lo menos una vez en la vida: el uno en medio del bosque de Bolonia, habia caido atravesado de una estocada, y recordaba muy bien que el frio del hierro no era una sensacion desagradable; el otro habia recibido una bala en el pecho sin sentir el menor mal; estotro habia dado una caída que le habia hecho pedazos el cráneo, y no se acordaba de nada; no hablo de las fiebres pútridas, de las fiebres malignas, de las fiebres cerebrales, de todas las fiebres posibles; en una palabra, tambien lo hicieron, que se dedujo por unanimidad la consecuencia de que la muerte no era un dolor; que la muerte por un crimen era de parte de la sociedad mas bien que una satisfaccion equivalente, una precaucion para su reposo; que pagar la muerte á espensas del honor en una batalla era positivamente oficio de bobos, y que temer la muerte en la cama era oficio de cobardes.

A esta altura sé hallaba la cuestion, cuando un robusto clérigo, que recostado en un gran sillón como quien dichosamente digiere una buena comida, guardaba simetria con el turco, alzándose con esfuerzo de su asiento, se metió en el centro de la tertulia, delante de la chimenea y en frente de la centellante lumbre; arregló su persona como mejor pudo, se puso de nivel sobre sus pies, y como era hombre de sensatez y cordura, uno de aquellos clérigos viejos y concienzudos á quienes la revolucion habia arrojado al extranjero, y que vueltos á su patria se habian dedicado á reconstruir en lo posible la vida de canónigos, marcada con el sello de un bien estar tranquilo para sí propios, y de una caridad activa para los demas; el digno hombre fué escuchado con atencion.

—¡Por san Antonio! dijo, ¡vaya una discusion magnífica sobre la pena de muerte! Paréceme, señores, que la tomáis

con harta frescura; ¡ah! si como yo, hubiéseis estado á pique de morir de una indigestion, hablariais de la muerte con mas respeto!

(Se continuará)

SONETOS.

Mi Pensamiento.

Raudó se eleva en atrevido vuelo
sus inflamadas alas agitando,
y al traves de las nubes reluchando
siempre incansable por llegar al cielo.

Del ancho mundo con ferviente anhelo
en vano *saciedad* está implorando;
pues mas y mas su *nada* va agotando;
y crece mas y mas su desconsuelo.

Solo del aire en la region brillante
vislumbra, vaga, su última esperanza;
y del mundo rasgando, palpitante,
el ceñir estrecho, allí se lanza,

Que en su pensar mi mente es infinita,
y un espacio infinito necesita.

El Torrente.

Hendiendo los cristales de la roca
salta furioso el bramador torrente,
y ecos salvages por do quier evoca
abismos traspasando omnipotente.

Del cielo la ira con desden provoca
cuando al pararse escúpele en la frente;
y á su altivez siendo esa injuria poca,
vela en su bruma al astro refulgente

Espumoso, ensanchado en la llanura
busca un audaz que á su poder resista;
y corre y melancólico murmura

que el no estar siempre en guerra le contrista
Hasta que halla por lecho ese gigante
de la mar el abismo palpitante.

A. MENENDEZ.

Libreria de Rullan, hermanos.

En ella se suscribe á

EL DEFENSOR DEL BELLO SEXO, periódico de literatura, ciencias y modas, dedicado esclusivamente á las mugeres.

Materias que tendrán cabida en las columnas del periódico.
—Elementos de ideología, ó arte de pensar.—Moral, haciendo la apología de las virtudes que deben adornar á las mugeres.—Biografía de las mugeres célebres, prefiriendo las españolas á las extranjeras.—Hechos notables históricos españoles y extranjeros.—Cultivo de flores.—Mitología.—Historia natural.—Higiene en cuanto tenga relacion con la educacion física de los hijos.—Novelas.—Modas, dando cada mes un figurín de los de París.

Saldrá en Madrid todos los domingos desde 14 de Setiembre actual, constará de ocho páginas: su tamaño papel y tipografía iguales al prospecto que se manifiesta, y adornado con viñetas y cubiertas de color.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Un mes, 7 rs.—Tres, 20.—Seis, 36.—Un año, 70, franco de porte.

Imp. de P. J. UMBERT.